

JERUSALÉN EN EL JUDAÍSMO*

Raphael Jospe

Universidad Abierta de Israel

Al analizar la importancia de Jerusalén para los judíos, debo aclarar que no es posible discutir “el significado espiritual de esta ciudad en el judaísmo”, debido a que no existe esa dicotomía entre lo “espiritual” y lo “físico”, entre lo sagrado y lo profano, que se da en la cristiandad.

La separación de Iglesia y Estado, en Europa o América, es una innovación relativamente nueva, un quiebre entre la religión como fenómeno universal y nacionalidad; cosa que no ocurre en el judaísmo, puesto que no pretende ser universal, ni trascender el nacionalismo individual como ocurre con el islam o el cristianismo.

En el caso de la tradición judía, jamás habrá una pugna entre religión y Estado, porque lo universal y lo particular sí son compatibles e incluso complementarios; crear una contradicción entre ambos sería falsificar la historia y la experiencia religiosa del pueblo de Israel. La religión judía es nacional y la nación judía es religiosa, por lo tanto, para definir la trascendencia de Jerusalén es necesario aplicar las dimensiones históricas y nacionales de esta ciudad en la vida judaica.

La Biblia hebrea es la principal fuente donde se explicita el rol de dicha ciudad; es mencionada 700 veces, así como el nombre de Sión es aludido 150 veces, refiriéndose al Monte del Templo que más tarde tomó el nombre de Jerusalén como capital; pero estas centenas de referencias son pocas en comparación con el inmenso número de alusiones implícitas dentro del texto sagrado.

Así también, la literatura judía postbíblica refleja la tradición en torno a la Ciudad Santa. El Talmud, el Midrash y la liturgia clásica son contenedores por excelencia del significado y centralidad de Jerusalén en 3.000 años de vida judaica, desde que David conquistó la ciudad, convirtiéndola en la capital de la monarquía de Israel.

* Publicado con la autorización de *Palestine-Israel Journal*, volumen II, nº2, 1995.

Siendo esta capital nacional lugar de cobijo para el Templo, obtuvo un estatus religioso especial. Más aun, tomando en cuenta el importante vínculo del pueblo de Sión con el suelo que los cobijó, lo que los rabinos denominan “los mandamientos de la Tierra de Israel”.

La *Halakhah* (ley judía) está basada directa o derivadamente en la Torah, contiene 613 *mitzvot*, mandamientos revelados por Dios a Moisés y a los israelitas en Sinaí. Estos son de calidad colectiva y no individual, designios para el pueblo de Israel en su totalidad (*Bnei Israel*); sin embargo, entre aquellos mandatos se encuentran varios de carácter nacional que deben ser efectuados en el propio Estado Judío, como es el caso de algunas ceremonias que solo pueden ser oficiadas en el Templo de Jerusalén.

Dichos mandatos obligan a instalarse en las tierras, reconstruir el Templo, construir ciudades, reunir al pueblo cada siete años para la lectura de la Torah en público, entre otros. El creyente por sí mismo no puede efectuar dichas obligaciones solo. Así también, los mandamientos relacionados con la agricultura, los ritos de purificación y sacrificios, el peregrinaje, deben ser realizados en Israel.

Las declaraciones de los rabinos talmúdicos lo prueban: “una persona debería vivir siempre en la Tierra de Israel, incluso en una ciudad con mayoría de idólatras, y no debería vivir fuera ni siquiera en una ciudad con mayoría judía, porque quien habita en la Tierra de Israel tiene a Dios y el que vive fuera de ésta asemeja a quien que no tiene Dios” (Talmud Babilónico, Ketubot 100b).

La historia demuestra que por los últimos diecinueve siglos, la mayoría de israelitas ha vivido lejos de su tierra, exiliada, rezando por generaciones con el sueño de volver y hacer realidad el convenio entre Dios y Abraham, inmortalizado en la Biblia:

El Señor dijo a Abraham: sal de tu país, el de tu lugar de nacimiento y de la casa de tu padre, y parte a la tierra que te mostraré. Los convertiré en una gran nación, los bendeciré y haré su nombre famoso, ustedes serán una bendición. Bendeciré a los que los bendicen y maldeciré a los que los maldicen: por su intermedio todas las familias de la tierra serán bendecidas (*Génesis 12:1-3*).

Cuando Abraham y su familia fueron a la tierra de Canaán, “el Señor se le apareció a Abraham y le dijo: Daré estas tierras a tus descendientes”. Luego Dios mostró a Abraham toda esa tierra y dijo: “daré toda la tierra que ves a ti y a tus descendientes para siempre (...) levántate y camina a lo largo y ancho de esta tierra, puesto que te la daré” (*Génesis 13:15-17*).

La tierra es el bastión de la promesa de Dios, la bendición: “Te daré a ti y a tu posteridad por la eternidad la tierra donde habitas, toda la tierra de Canaán y yo seré vuestro Dios” (*Génesis 17:8*).

Jerusalén y la historia

¿Cómo se transformó la religión en la vida judía y Jerusalén en lo más importante para la tradición?

Jerusalén no tiene mayor importancia en la época de los Patriarcas, a diferencia de Hebrón, Bersheva o Shechem. Tradiciones posteriores asocian a la Ciudad Santa con Abraham, frente a hechos como la bendición del rey de Shalem, Malki-Tzedek o el ofertorio de sacrificio de Isaac en el monte Moriah o monte Sión, lugar donde se erigieron el primer y segundo Templo.

Siglos después, las tribus israelitas lideradas por Joshua no pudieron conquistar Jerusalén, ciudad jebusita estratégicamente localizada desde el punto de vista geográfico, por estar al borde de un continente y ser el cruce de las mayores rutas de comercio.

Luego el rey David –con siete años de reinado en la tribu de Judá, al sur de la región–, decidió unir el territorio en un solo mandato para lo cual conquistar Jerusalén era imperativo. La Biblia describe como David con soldados de “todo Israel” de norte a sur pudo capturar la ciudad (*2 Samuel: 5; 1 Crónicas: 11*). También compró tierras al norte de ésta y construyó un altar en el lugar donde su hijo Salomón erigiera más tarde el Templo. En “la ciudad de David”, el Cerro Sión pasó a ser la acrópolis de Jerusalén.

El rey la declaró capital debido a su ubicación; Salomón, hijo de David, procedió a convertirla en un centro político. Durante el periodo de los Templos, ésta creció enormemente, hasta que la insurrección de los celotes propició que el emperador romano Nerón mandara a destruir el templo en el 70 d.C.

A pesar de ello, muchos judíos permanecieron en ella y los romanos continuaron denominando la región como Judea y a la ciudad como Hierosolomita. Una generación más tarde, se inició una segunda rebelión, encabezada por Barcokebas (Bar Kochba); esta vez, la ciudad fue completamente destruida y en su lugar los romanos construyeron Aelia Capitolina, cuyos restos son las bases del muro actual de la Ciudad Antigua, construido por los otomanos en el siglo XVI. En 135 d.C, los romanos procedieron a ‘desjudaizar’ la zona, condenando a muerte a cualquier judío que entrara a la ciudad y cambiando el nombre de Judea por Palestina (Filastin), basándose en el nombre bíblico de los filisteos.

Históricamente, la Tierra de Israel ha estado identificada con su pueblo, con Jerusalén como capital; pero solo ha sido gobernada por los nativos en tres ocasiones: durante el periodo del primer Templo, durante el periodo del segundo Templo, y desde 1948. El resto del tiempo nunca fue independiente, sino más bien una provincia de varios imperios.

Jerusalén nunca fue capital durante los romanos o en el periodo musulmán (dinastías: omeyas de Damasco, abasíes de Bagdad, mamelucos de Egipto y los

turcos otomanos), durante todos esos periodos la región no tenía identidad propia, ni nombre, lo que se comprueba en la literatura árabe clásica, donde la zona es aludida con el nombre de “A-Sham” (Siria).

Espiritualidad judía

Jerusalén fue la capital de Israel cada vez que el pueblo lograba obtener su independencia; por lo tanto, la ciudad posee un significado espiritual, de anhelo nacional, más allá de lo histórico o legal.

La centralización política iniciada por David y Salomón conformó una centralización religiosa, directamente ligada con el Templo. Las palabras de Isaías (2:3) y Mica (4:2) tienen significado tanto contemporáneo como escatológico: “*De Sión llegará la Torah y la palabra del Señor de Jerusalén*”.

Con la caída del reino de Judá y la destrucción del Templo de Salomón por los babilonios en 586 a.C. —un siglo y medio después de la caída del reino norte de Israel—, los judíos exiliados a Babilonia enfrentaron un nuevo problema: cómo sobrevivir y funcionar religiosamente luego de la pérdida de Jerusalén como centro nacional y litúrgico. Fue en la lejanía donde, bajo la conducción de Ezequiel, los israelitas se concentraron en su religión y compilaron sus tradiciones. El hecho más clarificador es la frase de un salmista que luego se consagrara como un juramento de pertenencia:

“En las orillas de los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos recordando a Sión. Colgamos nuestras arpas en los sauces. Nuestros captores nos pidieron que cantáramos y mostráramos alegría: ¿cantemos canciones de Sión; pero cómo podemos cantar canciones del Señor en tierra extranjera? Si te olvido Jerusalén, que mi brazo derecho se paralice. Que mi lengua se pegue en mi paladar si no te recuerdo y si no prefiero Jerusalén sobre mi mayor alegría” (*Salmo 137:1-6*).

El significado es claro: los judíos fueron sacados del corazón de Sión, pero Sión nunca dejó los corazones judíos. La restauración de Jerusalén es un símbolo de supervivencia nacional y fidelidad a la Torah. Una esperanza para la llegada de la era mesiánica.

De todo lo anterior dan cuenta las dos ceremonias religiosas más importantes en el calendario de Israel, Yom Kippur (día de arrepentimiento) y el Seder (servicio). La víspera de Pascua concluye con las palabras “El próximo año en Jerusalén”, y todos los judíos del mundo cuando rezan se tornan en dirección de la Ciudad Santa, así como las ruinas de las sinagogas antiguas, como la de Masada, dan evidencia concreta de la orientación hacia Jerusalén para efectuar las plegarias.

El tiempo ha demostrado que el significado de Jerusalén para el judaísmo crecía día a día. Primero, como capital que representaba la unión política del país, además de ser el único lugar de adoración a un Dios monoteísta, a pesar de la oposición popular inclinada hacia la idolatría. Cuando Jerusalén fue destruida, evidentemente pasó a ser un centro espiritual, simbolizando la fidelidad judía a la Torah y el deseo de restauración nacional y religiosa. La identificación de Jerusalén con el futuro mesiánico le dio un cariz celestial.

Se puede sugerir que después de tantos siglos de lejanía, la Jerusalén espiritual referida en rezos y literatura es menos real y terrestre que la Jerusalén actual. Es comprensible pensar que la no presencia, la separación, el trágico exilio, permitía a los judíos divinizar la ciudad, ya que experiencias similares han sucedido a través de la historia, por ejemplo, con los artistas cristianos europeos que idealizaban la Tierra Santa en sus pinturas. Sin embargo, hay una diferencia esencial: para el judaísmo lo alegórico nunca reemplaza lo real y sentido literal.

Sin la visión cósmica y universal de la Jerusalén celestial, la Jerusalén terrestre nunca podrá ser restablecida y sin la Jerusalén terrestre la espiritual no existiría. Cuando los judíos imaginaban la “Ciudad espiritual”, era con la esperanza de restaurar “la terrestre”, con la cual se camina hacia las expectativas mesiánicas.

Jerusalén significa el retorno del pueblo a Israel y la era de paz universal asociada con la venida de Dios. Sin embargo, un ciudadano hierosolimitano actual realza el gran margen entre la realidad y lo que se puede anhelar en forma idealista: la Jerusalén actual esta llena de imperfecciones y problemas, muy lejos de la ideal “ciudad de la paz”.

Cuando el profeta Zacarías (14:16) tuvo la visión de la ciudad dando la bienvenida a todas las naciones que vendrían a adorar a Dios cada año en otoño, también percibió una lucha sangrienta. Ojalá se haya equivocado, aunque muchas veces siento que él tenía razón.

Desde el punto de vista judío, concluyendo este ensayo, Jerusalén tiene simultáneamente un significado espiritual universal—con la imagen del Dios de Abraham, Isaac y Jacob—, y un sentido específico nacional para el pueblo de Israel. Características correlativas, inseparables e inextricables.

Por ello, el profeta Isaías, así como el profeta Micha, tuvieron una visión de Jerusalén celestial y terrestre, ideal y real: celestial e ideal en su objetivo, pero terrestre y real en que existe y debemos implementar su destino.

ABSTRACT

In judaism, religion and state are the components that form the nation. The author remarks the importance of Jerusalem to Judaism, citing Biblical references, the Torah and Talmud. He considers that the Jews were forced in exile from the city for over nineteen centuries, but always felt the need to return. Jerusalem has universal spiritual significance for the three major monotheistic religions, but particular significance to Jews. But, historical and national dimensions makes jerusalem's character primarily jewish.